

PIERDOMENICO
BACCALARIO



B612

Los
ZORROS
del
DESIERTO



edebé

Los
ZORROS
del
DESIERTO

Título original: *Le Volpi del Deserto*

Text by P. Baccalario

Cover Illustration by Book on a Tree

© 2018 by Book on a Tree

Published by arrangement with UnderCover Literary Agents and IMC Literary Agency

© Traducción al castellano de Beatriz Cajal

© Ed. Cast.: Edebé

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41

contacta @edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte

Editora: Elena Valencia

Primera edición, mayo 2019

ISBN: 978-84-683-4209-2

Depósito legal: B.7932-2019

Impreso en España

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

PIERDOMENICO
BACCALARIO

Los
ZORROS
del
DESIERTO

edebé





«Para mí, no eres todavía más que un muchachito semejante a cien mil muchachitos. Y no te necesito. Y tampoco tú me necesitas. No soy para ti más que un zorro semejante a cien mil zorros. Pero, si me domesticas, tendremos necesidad el uno del otro. Serás para mí único en el mundo. Seré para ti único en el mundo».

Antoine de Saint-Exupéry, *El Principito*

«Uno no debe juzgar a todo el mundo por sus cualidades como soldado: de otro modo, no tendríamos civilización».

Erwin Rommel







No resultaba difícil entender por qué mi padre se había enamorado de aquel viejo hotel. El Napoleón se encontraba casi fuera del pueblo, a trescientos o cuatrocientos metros de la última casa, al lado de las dunas. Estaba protegido por un jardín de cedros seculares, ahora descuidado tras los meses en que el hotel había permanecido cerrado, y por un denso encañizado quemado por el sol. Mi padre nos lo había descrito tan minuciosamente durante el trayecto hasta allí que, cuando lo vi por primera vez, fue un poco como si ya lo conociera. Parecía un gigante de piedra arropado por hiedra y glicinias, rodeado de arena y con los canalones llenos de hojas. Mirabelle y Jenska estaban sentadas junto a mí en el asiento de atrás; podía oír por un lado la música *rock* de los cascos de Jenska y, por el otro, la respiración regular de Mirabelle, que se había quedado dormida ochenta y cinco kilómetros antes, tras haberse rebelado inútilmente contra el uso de los cinturones de seguridad.



A la llegada al hotel, mi madre, desde su posición privilegiada en el asiento de al lado del conductor, no dijo ni una palabra.

Nuestro Peugeot 504 Giardinetta trazó una amplia curva a lo largo de las dunas que lo hizo desaparecer de nuestro campo visual, superó una baja casa de piedra y subió por una recta temblorosa desde donde lo vimos de nuevo, mucho más cerca.

Tenía una altura de cuatro pisos, con un techo innecesariamente inclinado que me recordó un gran paraguas invertido. Había sido construido al lado de las dunas, como para protegerlas del mar, que resplandecía en el lado opuesto, a menos de cien metros de la carretera.

—Jorge Dominique... —susurró mi madre cuando mi padre aminoró la marcha y puso el intermitente.

Jorge Dominique es el nombre de mi padre, un nombre típico de Amberes, donde nació. Cuando mi madre lo pronuncia entero, Jorge Dominique, significa que va a decir algo importante. Nos apellidamos Renard.

La verja del hotel estaba cerrada por una cadena con un gran candado, pero mi padre tenía las llaves de la cancela. Éramos los nuevos propietarios del Napoleón. Mi madre nunca terminó la frase. Sin embargo, en cuanto mi padre saltó fuera del coche, se volvió hacia nosotros cuatro y su mirada se cruzó con la mía, que por cierto era la única con la que podía cruzarse: Jenska estaba perdida en su música rebelde, Mirabelle continuaba durmiendo y mi hermano Fabrice era invisible, puesto que estaba muerto.

—Hemos llegado, Morice —dijo.

Sonreía, pero se notaba (o yo lo notaba) que también estaba muy preocupada.

—¿Qué son aquellas cosas? —le pregunté, y me coloqué en medio del asiento para señalárselas—. Aquellas que cuelgan de la verja.

Mi madre intentó quitarle importancia, como hacía a menudo, como cuando le pregunté si estaba contenta de que Jacques Chirac hubiese ganado de nuevo las elecciones, pero yo insistí y la obligué a responderme.

—No lo sé, cariño. Podrían ser... ¿pieles de conejo?

Sí: trece pieles de conejo que alguien había colgado en la puerta a modo de bienvenida, o quién sabe con qué otro significado. Nada agradable, en cualquier caso. Mi padre las ignoró con su gesto habitual, introdujo la llave en el candado, lo separó de la cadena, empujó la barrera y la puerta se abrió chirriando de un modo horrible. Aunque no lo suficiente como para llamar la atención de mi hermana.

—La cadena estaba podrida —exclamó después, de nuevo a bordo.

Le dio un beso a mi madre, cosa que siempre hacía cuando estaba especialmente de buen humor, apretó el embrague y quitó la marcha, dejando que el Peugeot recorriera sin motor los últimos metros en bajada hacia nuestra nueva casa. Entramos de este modo, furtivos, silenciosos, casi culpables, en el jardín abandonado del Napoleón, entre enormes agaves y trepadoras enloquecidas, hasta alcanzar los troncos seculares de los cedros del Líbano.

El Peugeot se detuvo en el jardín, a la sombra, y ninguno de nosotros dijo ni una palabra. Desde la ventanilla abierta de papá nos llegaba el canto de las cigarras, el sonido del mar y aquel susurro misterioso que producen los lugares abandonados.

Me gustaba, mucho; apretaba los asientos de mamá y papá impaciente por salir del coche.

—No está mal, ¿verdad? —preguntó mi padre, no necesariamente dirigiéndose a alguno de nosotros.

—Nada mal, desde luego —respondí yo.

Y después añadí en voz baja para mí mismo: «¿Te gusta, Fabrice?».

Mi padre abrió la portezuela del coche de par en par y anunció con voz vibrante:

—¡Abajo, familia! ¡Hemos llegado!

Mirabelle aguantó otro par de portazos antes de despertarse del todo y Jenska, viéndonos fuera del coche, estiró todo lo que pudo el cuello para mirar hacia el hotel con nosotros.

—No será esta porquería, ¿verdad? —fue su único comentario.

Pero ya estábamos acostumbrados a no escucharla.

Mientras tanto, yo ya había rodeado el coche renqueando sobre mi pierna más corta y me había plantado ante la magnífica entrada del Napoleón, con una gran parte del porche desconchado por el efecto corrosivo del mar. Corría una buena brisa que se colaba entre las ramas del encañizado; las matas de retama temblaban como erizos. Seguí con la mirada una vieja pasarela de listones desenganchados que bajaba hasta la playa y desaparecía entre las olas. Estaban tan cerca que habría podido tocarlas con un tiro de piedra.

—¿Qué me decís? ¿No es fantástico? —insistió mi padre, lanzándome una de nuestras mil maletas—. ¿No es la casa de vuestros sueños?

Para mí, sí, sin duda. Y probablemente también para

Mirabelle. Jenska no estaba en situación de ser tenida en cuenta porque era una adolescente.

Y mi madre continuaba repitiendo: «Dios mío, Dios mío...», que podía significar que sí o que no.

Cuando se abrazaron, antes de entrar, mi madre tenía los ojos como platos, brillantes, velados por lágrimas, que yo esperaba que fuesen de emoción.

—¡Yo también quiero entrar! —gritó de repente Mirabelle, todavía apresada en su maraña de cinturones de seguridad.

Jenska la liberó, se apoyó en el portaequipaje del Peugeot y dijo, en voz alta:

—¡Este lugar se cae a pedazos, papá!

No era del todo cierto, pero era la típica frase que ella necesitaba soltar. Ciertamente, no era un edificio nuevo, ni relumbrante. Había que repintar la fachada y las persianas de madera. Y alguien había escrito con espray azul en la pared, junto a la puerta de entrada:

¡CÓRCEGA LIBRE!
¡VIVA LA INDEPENDENCIA!

Pero, por lo demás, era fabuloso. También había un cobertizo para aparcar el coche. Y mientras estábamos allí, un poco temblorosos y un poco embobados, mirando el Napoleón, alguien abrió la portezuela de hierro que conducía al mar y caminó hacia nosotros.

Era un hombre grande y robusto, con una espesa barba blanca. Vestía un peto vaquero y un pañuelo azul anudado al enorme cuello, como si fuera una especie de bandera de señalización.





—Han llegado antes de hora —dijo, sin dirigirse a nadie en concreto. Luego sí se dirigió directo a mi madre y se presentó—: Oscar Tardi —y añadió—: Bienvenida al Napoleón, señora. Señor Jorge Dominique, un placer saludarle de nuevo.

—¡Señor Tardi, el placer es mío! —saludó mi padre con un entusiasmo que no me pareció correspondido.

Tardi les estrechó la mano a ambos e ignoró a los niños, incluida Jenska.

—El señor Tardi ha estado custodiando el hotel desde que faltó el antiguo propietario... —explicó mi padre.

—Bueno, *custodiar* es una palabra demasiado ambiciosa, señor Renard —esgrimió Tardi rápidamente, como fastidiado—. La verdad es que es difícil custodiar algo del todo hoy en día. Las cosas se caen a pedazos cada vez más deprisa. Lo que he intentado hacer es mantenerlo de una pieza...

Mi madre le estrechó la mano y le sonrió. Y por un instante no se dijeron nada, mirando el Napoleón.

—Sea como sea... —retomó el señor Tardi—, lo pasado... pasado está, como se suele decir. Si quieren que les ayude con las maletas, les acompaño al portón que todavía funciona...